

Teresa Berganza y Cecilia Lavilla

Obras de Monteverdi, Donizetti, Gounod, Mozart y otros. **Intérpretes:** Teresa Berganza, mezzo, Cecilia Lavilla, soprano, y Juan Antonio Álvarez Parejo, piano. **Liceo**, 17 de octubre.

LA BERGANZA LLEGÓ DIRECTO AL CORAZÓN DE LOS LICEÍSTAS

PABLO MELÉNDEZ-HADDAD



Teresa Berganza

ABC

Muchos pensaban que esto no se vería: la Berganza con el público del Gran Teatro del Liceo barcelonés a sus pies, en una atronadora ovación aplaudiendo su genio, su arte, su mítico saber hacer. Ella es parte viva de la historia de la ópera y su ausencia eterna en la programación liceísta era un lastre que no podía quedar así. Con una única aparición en una «Cenerentola» en 1971, el nombre de Teresa Berganza, paseado y consagrado en todo el mundo, faltaba inexplicablemente del buque insignia de la lírica española, aunque ella actuó con la compañía del Gran Teatro de visita en el sevillano Teatro de La Maestranza en 1992, encarnando una «Carmen» que también quedó para la historia.

Dos veces estuvo la Berganza a punto de volver a pisar el escenario del Liceo, primero en 1990, cuando varios problemas técnicos se lo impidieron («in extremis»), y después, en 1999, cuando un ciclo privado anunció este regreso, pero problemas de salud reencarnaron de mala manera esta historia de desencuentros. «Madame cancellation» daba entonces nuevos argumentos a leyenda.

El éxito alcanzado por la mezzo durante la velada de anoche se transfor-

mó en un verdadero y merecidísimo homenaje; las lágrimas y la emoción le impidieron continuar ofreciendo propinas —alcanzó a cantar cuatro—, reencuentro que borró de un plumazo esas malas épocas pasadas y, junto con su hija, la soprano Cecilia Lavilla, encaminó al público por una ruta de melodías desconocidas, dichas siempre desde el corazón. Si bien en sus primeras intervenciones la Berganza exhibió un timbre pálido y destemplado en la zona aguda que resintió una y otra vez la afinación en el ataque de algunas notas, a medida que se le fue calentando la voz su instrumento se volvió flexible, sólido y seguro, con un dominio de la coloratura auténtico y ágil, como en los donizettis que cerraron la primera parte.

Cecilia Lavilla demostró colores parecidos a los de su madre, unas medias tintas pulidas por el metal y prolisos acabados en los detalles. La extensión de su registro es generosa y tanto su fraseo como su dicción son impecables. La proyección de ambas voces, llenas de armónicos y de ese citado metal, no encontró obstáculos en la acústica liceísta, sobre todo cuando la expresividad se encaminaba hacia los fortísimos.

Juan Antonio Álvarez Parejo siguió a ambas cantantes con el celo del cómplice; juntos hacen música de cámara y la compenetración es total. Por eso resultaría extraño ver a ambas voces navegando por mares diversos acompañadas de otro capitán de barco.